

ELIGE, AUNQUE TENGAS MIEDO

*camino ya está trazado; elegirlo, con miedo y
todo, sigue siendo tuyo hoy.*

ESCRITO POR JOSÉ MARTÍNEZ

Dedicatoria

Para quien ya tiene el mapa —la promesa, el consejo de alguien que quiere lo mejor para ti, la señal que llevas esperando— y aun así no logra dar el paso. Para quien confunde el miedo con la falta de fe, y por eso se exige sentir menos antes de moverse. Para quien lleva años evitando mirar de frente algo que duele. Para quien vio el peligro primero y nadie le creyó, porque no tenía el cargo para que le creyeran. Para quien llega agotado a esta página, después de una semana o un año entero de tener que decidir, y siente que ya no le quedan fuerzas para una elección más.

Este libro no te promete que elegir bien resuelva lo que tienes delante. Ni siquiera te promete que el miedo se vaya antes de que decidas. Te promete algo más pequeño, y creo que más cierto: que el camino ya te fue mostrado, y que hoy —no toda tu vida de una vez, solo hoy— te toca elegirlo otra vez.

*

José.

«Elige, aunque tengas miedo»

Libro semanal de Godlives

El camino ya está trazado; elegirlo, con miedo y todo, sigue siendo tuyo hoy.

Escrito por José Martínez · Potenciado con IA.

Edición para lectura digital (EPUB / celular) e impresión bajo demanda.

Todos los derechos reservados.

Contenido

1. Prólogo

2. Carta al lector

3. Capítulo 1 — Lo que haces cuando nadie está mirando

4. Capítulo 2 — El muro real, las dos voces

5. Capítulo 3 — Mirar de frente lo que duele

6. Capítulo 4 — Quien no manda ve primero

7. Capítulo 5 — La elección sigue abierta

8. Un paso: lo que sí puedes elegir hoy

9. Palabra de cierre

10. Oración

11. Antes de cerrar el libro

12. Bibliografía y fuentes

Prólogo

Hay un tramo largo de la Biblia que casi nadie lee entero: el que va de Levítico a Deuteronomio, entre la ley dada en el Sinaí y los últimos discursos de Moisés antes de morir sin cruzar el río. La mayor parte de esas páginas son medidas del santuario, listas de sacrificios y un censo tribu por tribu. Pero dentro de ese tramo hay cinco escenas que, leídas en el orden en que ocurren, cuentan algo que a este libro le interesa más que cualquier otra cosa: que la decisión no se toma una sola vez y queda resuelta para siempre. Vuelve a aparecer.

Empieza en el Sinaí, antes de que el pueblo se mueva un solo paso, con una ley que no habla de héroes ni de milagros sino de pagar el jornal a tiempo y no guardar rencor en secreto (Levítico 19). Sigue en la frontera de la tierra prometida, en Cades, donde doce hombres exploran el mismo territorio y ven lo mismo —la fruta enorme, las murallas altas— y diez lo convierten en un informe de miedo mientras dos insisten en que la promesa sigue siendo cierta; el pueblo, paralizado, pierde cuarenta años (Números 13-14). Pasa luego al final de esos cuarenta años, cuando el pueblo vuelve a quejarse casi con las mismas palabras del principio del camino, y Dios responde con algo que exige mirar de frente lo que muerde y duele (Números 21). Sigue con un profeta contratado para maldecir a Israel, detenido en el camino por su propia burra, que ve el peligro antes que él (Números 22). Y termina donde Moisés, que va a morir sin entrar a la tierra, pone delante del pueblo —otra vez, cuarenta años después de Cades— la misma elección que sus padres tuvieron delante y no supieron tomar: elige la vida (Deuteronomio 30).

El libro que tienes en las manos sigue ese mismo orden, y junto a cada pasaje vas a leer la historia de una persona real de nuestro tiempo que estuvo, de un modo u otro, en ese mismo umbral: un hombre que decidió qué hacer con lo que la ciudad tiraba, cada noche, sin que nadie lo viera; un maestro que sostuvo, contra la evaluación de todos, que unos niños sí podían; un hombre que volvió, después de quince años lejos, a mirar de frente el lugar donde lo habían tenido preso; una empleada de aeropuerto que hizo una cuenta que cualquiera podía hacer y que nadie más quiso hacer; y un campesino que tuvo delante dos caminos conocidos y eligió el que un Estado le prometió, sin que ese Estado cumpliera después su parte.

Te lo digo desde aquí para que no leas esperando que al final todo se acomode: no se acomoda, ni siquiera en la mayoría de los casos. Lo que sí puede pasar, si me dejas acompañarte cinco días, es que dejes de esperar a que el miedo se vaya para decidir, y aprendas a elegir con él todavía dentro.

José Martínez

Carta al lector

Antes de seguir, quiero decirte de qué trata este libro y de qué no.

No trata de convencerte de que el miedo es una señal de que te falta fe. En ninguno de los cinco días vas a leer que sentir miedo, dolor, desconfianza o cansancio sea un problema espiritual que tengas que resolver antes de actuar bien. El texto bíblico no le pide eso a nadie: le pide que esa emoción no sea la única voz que decide.

Tampoco trata de decirte que no lo pienses y te lances. Caleb y Josué, en el segundo capítulo, no niegan que hay murallas ni que hay gigantes: los ven igual que los otros diez, y aun así no dejan que eso reescriba lo que ya sabían que era cierto. Ese es el único tipo de valentía que este libro conoce: no la ausencia de miedo, sino la decisión de no dejarlo hablar solo.

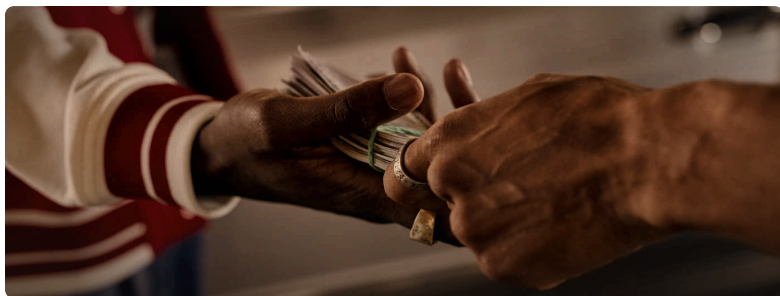
Y no trata de prometerte que decidir bien te va a ir bien. El último capítulo, el que le da título al libro, viene de un texto de pacto entre un pueblo entero y Dios, en el umbral de una tierra concreta —no es una fórmula que puedas aplicar a tu próxima mudanza, tu próximo trabajo o tu próxima inversión esperando un resultado garantizado. Una de las cinco historias reales de este libro lo muestra sin adornos: un hombre eligió lo que le pareció correcto, cumplió su parte, y le fue mal de todos modos. Elegir bien no es lo mismo que ganar. Y sigue siendo lo que hay que elegir.

Un aviso, antes de empezar, porque el miércoles de este libro toca algo que puede pesarte más de lo que esperas.

Antes de empezar

Este libro habla de decisiones tomadas con miedo real, de dolores que evitamos mirar de frente, de la sensación de haber visto el peligro primero y que nadie te creyera, y del cansancio de tener que elegir una vez más. No pretende resolverte hoy lo que llevas cargando hace tiempo, ni te promete que el miedo desaparezca antes de dar el paso. Si mientras lees notas que hay un dolor que llevas evitando mirar y que se ha vuelto demasiado pesado para cargarlo solo, o si la idea de no seguir se te vuelve insistente, en el capítulo del miércoles vas a encontrar la puerta que dejamos abierta para eso. Y si hoy estás en peligro real, no esperes a terminar el libro: acude ahora a los servicios de emergencia de tu país.

Vamos, entonces. Con la calma de quien sabe que este libro no te va a quitar el miedo, pero puede acompañarte mientras aprendes a decidir con él todavía dentro.



CAPÍTULO 1

Lo que haces cuando nadie está mirando

¿Qué decisión pequeña y sin testigos —un pago a tiempo, un rencor que sueltas antes de que crezca— es hoy tu manera de ser distinto?

José Alberto Gutiérrez Sandoval nació en Bogotá, en una familia pobre de raíces campesinas: su padre era albañil, declamaba poesía y tocaba bandola; su madre les leía cuentos a los hijos por la noche. Gutiérrez entró a trabajar joven y terminó de conductor de camión recolector de basura, en la ruta del occidente de la ciudad.

A finales de 1997, en una ruta cualquiera, encontró un ejemplar de *Ana Karénina* de Tolstói dentro de la basura de un barrio acomodado. Lo sacó, lo limpió, se lo llevó a su casa. Esa noche empezó lo que después haría todas las noches, durante más de veinte años: revisar lo que la ciudad tiraba y apartar los libros antes de que llegaran al relleno sanitario. No estaba autorizado a quedarse con nada de lo que recogía: llevaba una bolsa aparte y los sacaba discretamente.

Los libros no se quedaron en su casa como colección privada. Gutiérrez vivía en un barrio popular del suroccidente de Bogotá, donde no había biblioteca. Con su esposa vació el primer piso de su propia vivienda y lo convirtió en una biblioteca de barrio, abierta a los niños del sector: la llamaron La Fuerza de las Palabras. Los libros que ya no cabían empezaron a salir hacia otros lados —centros comunitarios, escuelas rurales, pueblos a los que no llega el Estado—. Con el tiempo, la iniciativa reunió más de veinte mil libros rescatados y abasteció más de cien bibliotecas, escuelas y centros de lectura en distintas regiones del país.

Nada de esto tuvo, al principio, un plan ni un patrocinador. Hubo un hombre que, en cada turno de trabajo, durante más de dos décadas, separaba lo que los demás habían decidido botar. La biblioteca del primer piso funcionó unos ocho años, hasta que el volumen de libros superó el espacio disponible y tuvo que cerrarse. Durante mucho tiempo Gutiérrez no tuvo vehículo propio para mover las cajas: le tocaba cargarlas en bus o en taxi.

Y aquí la historia no cierra en limpio. En abril de 2021, con cincuenta y ocho años, Gutiérrez contaba a la prensa colombiana que estaba sin empleo, sosteniéndose del apoyo de su esposa y sus hijos, sin espacio adecuado para los libros que seguía queriendo repartir y sin financiación pública de ninguna clase. El hombre que llenó de libros más de cien lugares del país estaba, en ese momento, sin trabajo y sin sitio donde guardar los suyos. Su historia llegó a convertirse en un libro infantil publicado en Estados Unidos y a aparecer en medios de medio mundo. Eso no cambió, hasta donde permite saber la última fuente disponible, su situación material.

Mucho antes, hay una ley que no habla de héroes ni de gestos que alguien vaya a aplaudir.

“Cuando llegue el tiempo de la cosecha, no sieguen hasta el último rincón de sus campos ni recojan todas las espigas que allí queden. No rebusquen hasta el último racimo de sus viñas, ni recojan las uvas que se hayan caído. Déjenlas para los pobres y los extranjeros. Yo soy el SEÑOR su Dios. No roben. No mientan. No engañen a su prójimo. No juren en mi nombre solo por jurar, ni profanen el nombre de su Dios. Yo soy el SEÑOR. No explotes a tu prójimo, ni lo despojes de nada. No retengas el salario de tu jornalero hasta el día siguiente. No maldigas al sordo, ni le pongas tropiezos al ciego, sino teme a tu Dios. Yo soy el SEÑOR. No perviertas la justicia, ni te muestres parcial en favor del pobre o del rico, sino juzga a todos con justicia. No andes difundiendo calumnias entre tu pueblo, ni expongas la vida de tu prójimo con falsos testimonios. Yo soy el SEÑOR. No alimentes odios secretos contra tu hermano, sino reprende con franqueza a tu prójimo para que no sufras las consecuencias de su pecado. No seas vengativo con tu prójimo, ni le guardes rencor. Ama a tu prójimo como a ti mismo. Yo soy el SEÑOR.”
(Levítico 19:9-18, NVI)

Esta ley se le dio al pueblo en el Sinaí, antes de que se moviera un solo paso hacia ninguna tierra. No es un tratado de ética general: es legislación real para una economía de cosecha, jornaleros y vecinos que vivían puerta con puerta. Mezcla, en el mismo aliento, lo que hoy llamaríamos «espiritual» con lo «cotidiano», porque para este texto esa distinción no existe. Ser *qadosh* —santo, la palabra que abre el capítulo— no es primero pureza en abstracto: es vivir de un modo reconociblemente distinto en lo más ordinario. La cosecha. El salario. El chisme que sí tenías a mano. El rencor guardado porque nunca hubo una confrontación abierta que lo resolviera.

El peso de la ley no está en un sacrificio grande sino en dejar el rebusco —el margen que el dueño podría cosechar entero y decide, a propósito, no cosechar—. El v. 17 pone juntas dos cosas que casi nunca se piensan juntas: «no alimentos odios secretos... sino reprende con franqueza». El texto no pide dejar de sentir el impulso del rencor —eso es humano—: pide no alimentarlo en la oscuridad, decirlo a tiempo en vez de dejarlo crecer sin testigos. La santidad de este capítulo no es examen de pureza: es una cadena de decisiones que casi nadie audita.

José Alberto Gutiérrez hizo, sin proponérselo, el movimiento exacto de esta ley, dentro de su propio trabajo. Trabajaba recogiendo precisamente lo que una ciudad había decidido que ya no valía, y en vez de dejarlo seguir su curso hacia el relleno, lo apartaba, lo limpiaba y lo ponía al alcance de los niños de su propia cuadra. Nadie de su empresa lo autorizó, y nadie lo vigilaba para asegurarse de que lo hiciera. Lo hizo cada noche, durante más de veinte años, exactamente en el terreno donde nadie fiscaliza: el rincón del campo que el dueño decide no segar entero.

Esta historia no se puede leer como la prueba de que hacer el bien en lo pequeño acaba recompensando materialmente a quien lo hace: el último dato disponible sobre Gutiérrez es que estaba sin empleo. Tampoco se puede leer como si una persona sola hubiera resuelto la falta de bibliotecas de su país: abasteció lugares que el Estado no abrió, y eso sigue siendo un vacío que él llenó con su tiempo, no un problema resuelto. Lo que sí se puede decir, sin adornar nada, es que la santidad de Levítico 19 se parece mucho más a un hombre que revisa la basura antes de que se la lleve el camión, que a un gran gesto anunciado con cámaras.

La ley no le pidió al pueblo un acto heroico. Le pidió dejar, a propósito, un margen para quien tiene menos, en el trabajo de todos los días. Eso también es elegir, y nadie tiene que verlo para que cuente.

LA PALABRA

Levítico 19:9-18 (NVI)

PARA PENSAR, SIN APURO

- ¿Qué decisión pequeña y sin testigos —un pago a tiempo, un rencor que sueltas antes de que crezca— es hoy tu manera de ser distinto?
 - ¿Hay algo que llevas guardando en silencio y que, según este capítulo, tendrías que decir con franqueza en vez de seguir cargando?
-



CAPÍTULO 2

El muro real, las dos voces

Con el mismo mapa que tienen los que dudan a tu lado, ¿qué te haría falta creer para leer el obstáculo real sin dejar que reescriba la promesa que ya tenías?

La escuela primaria José Urbina López está en Matamoros, Tamaulipas, junto a un basurero; el asentamiento vecino es conocido por sus propios habitantes como El Basural, en una ciudad fronteriza marcada por la violencia del crimen organizado. La escuela arrastraba, año tras año, resultados entre los peores del país. La valoración de fondo, dentro y fuera del sistema, era la de siempre sobre esa clase de escuelas: de ahí no sale nada.

Sergio Iván Juárez Correa, maestro de esa escuela, hizo a comienzos de la década de 2010 algo que nadie le pidió: dejó de dictar y hacer memorizar, y empezó a plantear problemas para que los niños discutieran hasta llegar solos a la respuesta. No tenía respaldo institucional, ni materiales especiales, ni garantía de que fuera a funcionar, y sí mucho que perder si los resultados empeoraban. Sostuvo, contra la valoración de la mayoría, que el problema no eran los niños.

En la prueba nacional ENLACE de 2012, los resultados de ese grupo se dispararon. Una alumna de doce años, Paloma Noyola Bueno, obtuvo el primer lugar nacional en matemáticas y el tercero en español; más de diez de sus compañeros alcanzaron también lugares destacados. A finales de 2013, la revista estadounidense *Wired* publicó un reportaje sobre el caso y puso a Paloma en su portada bajo un titular que la llamaba «la próxima Steve Jobs». Diez años después, en 2023, la historia se convirtió en la película *Radical*, protagonizada por Eugenio Derbez.

Y ahí la historia deja de parecerse a lo que prometía el titular.

Paloma Noyola, según reportó la prensa mexicana en octubre de 2023, tenía entonces veintiún años y estudiaba Derecho, en los últimos semestres, con la intención de dedicarse al derecho civil. No era ingeniera ni empresaria de tecnología: la niña de la portada había elegido otra cosa, y esa elección no era un fracaso de nadie.

Sergio Juárez Correa, según reportó la prensa mexicana en agosto de 2025, fue trasladado fuera de Matamoros. Al obtener la clave de director solo pudo elegir entre dos plazas lejanas; tomó la que quedaba a casi doscientos kilómetros. Su esposa, también maestra, fue asignada a una región distinta con problemas graves de inseguridad. La familia quedó partida. El maestro contaba entonces que llevaba semanas pidiendo una plaza más cercana sin obtener respuesta, y que si no se resolvía pronto renunciaría a la dirección para volver a dar clase frente a grupo. Doce años después de haber tenido razón delante de todo el país, el sistema lo estaba moviendo como a cualquier expediente.

Mucho antes, hay una escena con doce hombres que ven exactamente lo mismo y deciden distinto.

“Caleb hizo callar al pueblo ante Moisés, y dijo: —Subamos a conquistar esa tierra. Estoy seguro de que podremos hacerlo. [...] Aquella noche toda la comunidad israelita se puso a gritar y a llorar. En sus murmuraciones contra Moisés y Aarón, la comunidad decía: ‘¿Cómo quisiéramos haber muerto en Egipto! ¡Más nos valdría morir en este desierto! ¿Para qué nos ha traído el SEÑOR a esta tierra? ¿Para morir atravesados por la espada, y que nuestras esposas y nuestros niños se conviertan en botín de guerra? ¿No sería mejor que volviéramos a Egipto?’ [...] Entonces Moisés y Aarón cayeron rostro en tierra ante toda la comunidad israelita. Allí estaban también Josué hijo de Nun y Caleb hijo de Jefone, los cuales habían participado en la exploración de la tierra. Ambos se rasgaron las vestiduras en señal de duelo y le dijeron a toda la comunidad israelita: —La tierra que recorrimos y exploramos es increíblemente buena. Si el SEÑOR se agrada de nosotros, nos hará entrar en ella. ¡Nos va a dar una tierra donde abundan la leche y la miel! Así que no se rebelen contra el SEÑOR ni tengan miedo de la gente que habita en esa tierra. ¡Ya son pan comido! No tienen quién los proteja, porque el SEÑOR está de parte nuestra. Así que, ¡no les tengan miedo!” (Números 13:30; 14:1-9, NVI)

Doce jefes de tribu exploraron Canaán durante cuarenta días y volvieron con el mismo conjunto de datos: la tierra era fértil, con racimos tan grandes que hacían falta dos hombres para cargarlos, pero sus ciudades estaban fortificadas y había pueblos con gente de gran estatura. Los doce vieron lo mismo. La diferencia no estuvo en los hechos, sino en cómo se leyeron: diez los convirtieron en un informe de miedo, y dos —Caleb primero, solo, y luego junto a Josué, ya de noche, con el pueblo en pánico— insistieron en la misma tierra como promesa cumplible.

Caleb y Josué no niegan el peligro ni dicen que no haya murallas o gigantes. Sostienen el mismo dato con una variable que los otros diez dejaron fuera: la promesa ya hecha también es un dato, y el miedo, por sí solo, no puede ser el único criterio para decidir. Eso es distinto de negar el riesgo, y distinto también de la temeridad: nadie propone entrar esa misma noche sin plan. Es sostener el miedo real y el dato real al mismo tiempo, sin que ninguno borre al otro.

Y el costo de no lograrlo fue real. El relato no termina en un triunfo inmediato: termina en cuarenta años de desierto para toda una generación. Contar esta historia sin nombrar ese costo sería contar solo la mitad.

Sergio Juárez Correa estuvo delante de un informe de miedo perfectamente respetable: esos niños, junto a ese basurero, no iban a poder. Él sostuvo lo contrario sin ninguna certeza, enseñando de un modo que nadie le había autorizado, sin saber si tendría algo que mostrar al final. Y el capítulo tiene el final que el pasaje necesita: tener razón no lo puso a salvo. Doce años después de que sus alumnos demostraran que el informe de la mayoría era falso, el maestro estaba siendo trasladado a casi doscientos kilómetros de su casa, con la familia partida en dos, negociando con una oficina que no le contestaba.

Esta historia tampoco se puede leer como una fórmula de que basta con creer para conseguir lo que se quiere: Sergio Juárez Correa no tenía una promesa de éxito, tenía una convicción sin garantías, y el propio sistema que debería haberlo sostenido después terminó moviéndolo como a cualquier otro. Ni se puede leer como que Paloma Noyola le falló a nadie por no dedicarse a lo que un titular imaginó para ella: el titular no era suyo, y una vida adulta elige lo que elige.

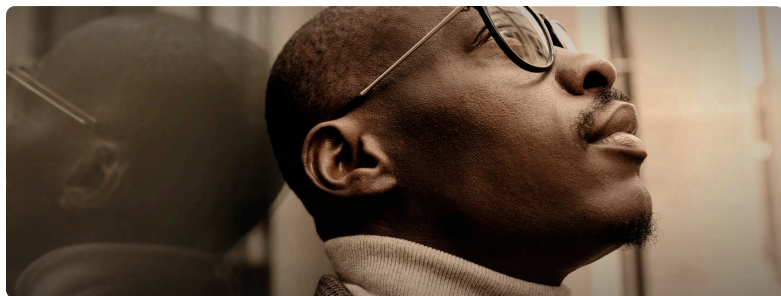
Los diez y los dos vieron la misma tierra. La diferencia no estuvo en lo que vieron, sino en si dejaron que el miedo tuviera la última palabra sobre lo que ya sabían que era cierto.

LA PALABRA

Números 13:30; 14:1-9 (NVI)

PARA PENSAR, SIN APURO

- Con el mismo mapa que tienen los que dudan a tu lado, ¿qué te haría falta creer para leer el obstáculo real sin dejar que reescriba la promesa que ya tenías?
 - ¿Qué costo estás dispuesto a nombrar, sin minimizarlo, si esta vez decides sostener la promesa en vez del miedo?
-



CAPÍTULO 3

Mirar de frente lo que duele

¿Qué es, hoy, lo que te cuesta mirar de frente —no para explicarlo, sino para dejar que mirarlo, aunque siga doliendo, sea parte de cómo sigues de pie?

Pedro Alejandro Matta Lemoine nació el 7 de febrero de 1949 en Chile. Durante el gobierno de Salvador Allende era estudiante de Derecho y militaba en la Juventud Socialista. Después del golpe de Estado de 1973 fue detenido por los organismos de seguridad de la dictadura y estuvo preso en Villa Grimaldi —un centro de detención y tortura en las afueras de Santiago— y en otros recintos: Venda Sexy, Tres y Cuatro Álamos, Ritoque y Puchuncaví. Fue detenido a mediados de los años setenta.

Después vino lo que hace casi todo el mundo con un lugar así: irse lo más lejos posible. Matta salió al exilio a Estados Unidos en 1976. Vivió en San Francisco, trabajó allí como investigador privado, y estuvo fuera de Chile quince años. Volvió en 1991.

Lo que hizo al volver es el corazón de este capítulo: fue a mirar el lugar. A finales de los ochenta, un general del régimen había vendido el predio de Villa Grimaldi a una constructora para demolerlo; los sobrevivientes y organizaciones de derechos humanos pelearon el terreno, y en 1995 lo convirtieron en Parque por la Paz. Matta estuvo entre quienes empujaron esa pelea, y no se detuvo ahí: reconstruyó el mapa del recinto cruzando los recuerdos de decenas de personas que habían pasado por él —casi todas con los ojos vendados mientras estuvieron dentro—, hasta poder decir dónde había estado cada cosa. En 2001 publicó por su cuenta una guía con el plano y el recorrido marcado.

Y durante años volvió a caminarlo, una y dos veces al mes, delante de estudiantes, investigadores y visitantes. Según la documentación de esas visitas, las hacía siempre igual: el mismo recorrido, las mismas paradas, deteniéndose en los mismos puntos, entre ellos el muro con los nombres. Explicó, en más de una ocasión, que necesitaba volver porque volver allí era, para él, volver a ver a sus amigos. En el sitio quedó, según el propio registro del Parque por la Paz, un cartel con dos cifras: 4.500 personas torturadas en ese recinto entre 1973 y 1979, y 226 detenidas que fueron asesinadas o desaparecidas.

Nada de esto cierra en limpio. El lugar quedó en pie porque hubo que salvarlo de una excavadora. El recorrido había que volverlo a hacer cada mes. Los nombres del muro siguen siendo nombres de personas que no volvieron.

Mucho antes, hay un pueblo cansado al final de un camino largo, y un remedio que no consiste en quitar lo que duele.

“Los israelitas salieron del monte Hor por la ruta del Mar Rojo, bordeando el territorio de Edom. En el camino se impacientaron y comenzaron a hablar contra Dios y contra Moisés: —¿Para qué nos trajeron ustedes de Egipto a morir en este desierto? ¡Aquí no hay pan ni agua! ¡Ya estamos hartos de esta pésima comida! Por eso el SEÑOR mandó contra ellos serpientes venenosas, para que los mordieran, y muchos israelitas murieron. El pueblo se acercó entonces a Moisés, y le dijo: —Hemos pecado al hablar contra el SEÑOR y contra ti. Ruégale al SEÑOR que nos quite esas serpientes. Moisés intercedió por el pueblo, y el SEÑOR le dijo: —Hazte una serpiente, y ponla en un asta. Todos los que sean mordidos y la miren vivirán. Moisés hizo una serpiente de bronce y la puso en un asta. Los que eran mordidos miraban a la serpiente de bronce y vivían.” (Números 21:4-9, NVI)

Ocurre al final de los cuarenta años, cuando el pueblo —ya la generación nueva— repite casi palabra por palabra la queja del principio del camino: falta de pan, falta de agua, añoranza de lo de antes. Es la misma crisis, en el mismo tramo del mismo desierto, cerca ya del final. Lo distintivo de esta escena no es que Dios quite las serpientes —no las quita—, sino que el remedio es un objeto que hay que voltear a ver, cada persona por su cuenta, para seguir con vida. Nada en el relato dice que mirar la serpiente hiciera que la mordida dejara de doler mientras se miraba.

Esto hay que decirlo con toda claridad, porque es el lugar donde este libro tiene que ser más cuidadoso que en cualquier otro: lo que le pasó al pueblo en este episodio no es una plantilla sobre por qué duele lo que a ti te duele hoy. No es una lección que Dios esté enviando, ni un castigo por algo que hiciste o dejaste de hacer. Y el objeto tampoco tenía poder en sí mismo: siglos después, según cuenta el mismo relato bíblico más adelante, un rey de Israel llamado Ezequías destruyó esa misma serpiente de bronce porque el pueblo había empezado a quemarle incienso, como si el poder estuviera en el metal y no en la obediencia de mirar lo que Dios había señalado en su momento. Lo que sanó, en el relato, nunca fue el bronce. Fue mirar.

Pedro Matta hizo, con el lugar donde había estado preso, algo parecido a ese gesto de voltear a ver. Se fue quince años al otro hemisferio y, al volver, en vez de rodear el sitio, se metió dentro: reconstruyó el plano preguntando a quienes habían estado con los ojos vendados, imprimió el mapa, y durante años lo caminó delante de desconocidos, siempre igual, una y dos veces al mes. Dijo que volvía por una razón sin nada de heroico: porque volver ahí era, para él, volver a ver a sus amigos.

Este capítulo no puede decir que mirar de frente lo que duele lo haya sanado, ni que haya encontrado paz: no hay manera honesta de afirmarlo, y no es lo que el texto promete. El recorrido había que volverlo a hacer cada mes. Lo único que este capítulo puede sostener, con la misma modestia del pasaje, es esto: nombrar y mirar de frente lo que duele, en vez de evitarlo, puede ser parte de cómo alguien sigue de pie. No es una técnica. No promete que el dolor se vaya. Y nadie puede mirar por otro: cada persona mordida tuvo que voltear a verlo por sí misma.

Si lo que acabas de leer se parece a lo que sientes

Hay dolores que preferimos no mirar de frente —una pérdida, una herida, algo que pasó y que todavía no has dicho en voz alta—. Nombrarlo no lo explica, y mirarlo no promete que deje de doler; pero mirarlo, en vez de evitarlo, puede ser parte de cómo sigues de pie. Si ese dolor se ha vuelto tan pesado que sientes que no puedes cargarlo solo, o si la idea de no seguir se te vuelve insistente, no lo cargues solo: escríbenos en godlives.co/necesito-ayuda y cuéntanoslo, sin que tengas que explicar nada que no quieras. Decirlo en voz alta y dejar que alguien te acompañe no es una falta de fe. Y si hoy estás en peligro real, no esperes: acude ahora a los servicios de emergencia de tu país.

El pueblo miraba una serpiente de bronce en lo alto de un asta, y la mordida seguía doliendo mientras miraba. El texto nunca dijo que mirar quitara el dolor. Dijo que, mirando, vivían.

LA PALABRA

Números 21:4-9 (NVI)

PARA PENSAR, SIN APURO

- ¿Qué es, hoy, lo que te cuesta mirar de frente —no para explicarlo, sino para dejar que mirarlo, aunque siga doliendo, sea parte de cómo sigues de pie?
 - ¿Hay alguien con quien podrías nombrar en voz alta, aunque sea una sola vez, lo que llevas evitando ver?
-



CAPÍTULO 4

Quien no manda ve primero

¿Qué tendría que detenerte a ti en medio del camino —algo tan inesperado como una burra que habla— para que reconozcas que llevas un rato sin ver bien lo que tienes delante?

Celia Castedo Monasterio era funcionaria de la AASANA —la Administración de Aeropuertos y Servicios Auxiliares a la Navegación Aérea de Bolivia— en el aeropuerto Viru Viru, de Santa Cruz de la Sierra. No era inspectora, ni autoridad aeronáutica, ni especialista en seguridad de vuelo: era, como diría después su propia defensa, una empleada de apoyo, alguien que recibe papeles en un mostrador.

El 28 de noviembre de 2016 le llegó a ese mostrador el plan de vuelo del vuelo 2933 de LaMia, que iba a llevar de Santa Cruz de la Sierra a Medellín, Colombia, al plantel del club brasileño Chapecoense. Castedo leyó el papel e hizo una cuenta a la vista de cualquiera: el tiempo de vuelo previsto —cuatro horas con veintidós minutos— era exactamente igual a la autonomía de combustible declarada. No sobraba nada. Anotó, además, que faltaba el aeropuerto alternativo y que el formulario estaba mal llenado, y se negó a recibir el plan de vuelo.

El plan siguió su curso de todos modos. Pasó a los encargados del control del vuelo y de ahí al control nacional, y el avión despegó. Esa noche se estrelló en un cerro de Antioquia, Colombia, cuando se quedó sin combustible a pocos minutos de Medellín. Murieron 71 de las personas que iban a bordo. La investigación colombiana concluyó después que la responsabilidad recaía en el piloto y en la aerolínea.

Lo que le pasó a la mujer que había hecho la cuenta es la segunda mitad de esta historia. Fue suspendida de funciones por «negligencia» e «incumplimiento de deberes». Una semana después del accidente se presentó en la frontera con Brasil y pidió refugio. En Bolivia quedó procesada por incumplimiento de deberes, uso indebido de influencias, desastres en medios de transporte, homicidio culposo y lesiones gravísimas: la empleada que había advertido que el combustible no alcanzaba quedó acusada, entre otras cosas, de homicidio.

Estuvo cinco años en Brasil. En septiembre de 2021, la Policía Federal brasileña la detuvo con vistas a una extradición. Quedó presa esperando un trámite que nunca llegó: Bolivia no respondió a los pedidos brasileños para hacerla efectiva, y a finales de marzo de 2022 el Supremo Tribunal Federal de Brasil revocó su prisión precisamente por eso. Salió de la cárcel, y a comienzos de abril de 2022 volvió a Bolivia y se presentó ante la justicia de su país para ponerse a disposición del proceso.

Unos seis meses de prisión en un país que no era el suyo, cinco años de refugio, un proceso penal que, hasta la última información disponible, no constaba resuelto, y ninguna reparación conocida. La cuenta que hizo en un mostrador era correcta.

Mucho antes, hay un profeta contratado por su capacidad de ver lo que otros no ven, y un animal de carga que ve primero lo que él no está viendo.

“Balán se levantó por la mañana, ensilló su burra, y partió con los gobernantes de Moab. Mientras iba con ellos, la ira de Dios se encendió y en el camino el ángel del SEÑOR se hizo presente, dispuesto a no dejarlo pasar. Balán iba montado en su burra, y sus dos criados lo acompañaban. Cuando la burra vio al ángel del SEÑOR en medio del camino, con la espada desenvainada, se apartó del camino para meterse en el campo. Pero Balán la golpeó para hacerla volver al camino. El ángel del SEÑOR se detuvo en un sendero estrecho que estaba entre dos viñas, con cercos de piedra en ambos lados. Cuando la burra vio al ángel del SEÑOR, se arrimó contra la pared, con lo que lastimó el pie de Balán. Entonces Balán volvió a pegarle. El ángel del SEÑOR se les adelantó y se detuvo en un lugar más estrecho, donde ya no había hacia dónde volverse. Cuando la burra vio al ángel del SEÑOR, se echó al suelo con Balán encima. Entonces se encendió la ira de Balán y golpeó a la burra con un palo. Pero el SEÑOR hizo hablar a la burra, y ella le dijo a Balán: —¿Se puede saber qué te he hecho, para que me hayas pegado tres veces? Balán le respondió: —¡Te has venido burlando de mí! Si hubiera tenido una espada en la mano, te habría matado de inmediato. La burra le contestó a Balán: —¿Acaso no soy la burra sobre la que siempre has montado, hasta el día de hoy? ¿Alguna vez te hice algo así? —No —respondió Balán. El SEÑOR abrió los ojos de Balán, y este pudo ver al ángel del SEÑOR en el camino y empuñando la espada. Balán se inclinó entonces y se postró rostro en tierra.” (Números 22:21-31, NVI)

Balán era un vidente reconocido más allá de Israel, contratado por el rey de Moab para maldecir al pueblo a cambio de una recompensa. Dios se lo había permitido con una condición explícita: que solo dijera lo que Dios le ordenara. Y sin embargo, en el camino, quien ve al ángel con la espada desenvainada no es el vidente profesional: es la burra. Tres veces se aparta, se arrima contra la pared, se echa al suelo —tres veces avisa con lo único que tiene—, y las tres recibe golpes del experto por estorbar. Solo al final Dios le abre los ojos a Balán, y este entiende que el animal al que castigaba acababa de salvarle la vida.

Este pasaje no es una invitación a desconfiar de toda autoridad ni una fábula sobre escuchar la intuición como método general: es la historia concreta de un hombre cuya vista se nubló por lo que tenía en juego —la recompensa, el honor prometido por un rey— y de un aviso que le llegó, tres veces, desde el lugar de menos estatus posible. La claridad no depende del cargo. Puede perderla cualquiera, tenga o no autoridad, cuando hay un interés propio de por medio.

Celia Castedo estaba, en la cadena de decisiones de aquel vuelo, en el lugar de la burra: recibía papeles en un mostrador, sin rango ni competencia para cambiar nada. Hizo una resta que cabía en un renglón —el vuelo dura lo mismo que el combustible declarado— y se negó a recibir el plan. Los que sí tenían autoridad para detenerlo lo autorizaron igual. Y cuando el avión cayó, la que se llevó los golpes fue ella: suspendida por negligencia, acusada de homicidio, cinco años fuera de su país, unos seis meses presa.

No se puede concluir de esta historia que decir la verdad proteja a quien la dice: a ella la procesaron. Tampoco se puede decir que su advertencia habría evitado el accidente si la hubieran escuchado —es verosímil, pero es una conjetura, y este libro no la hace—. Lo que sí se puede decir, sin exagerar una coma, es que la ceguera suele instalarse arriba, que quien ve el peligro primero suele ser quien no manda, y que avisar no garantiza nada: ni que te escuchen, ni que después te lo reconozcan.

*La burra vio al ángel tres veces antes de que Dios le
abriera los ojos al profeta. La claridad, en esta escena, no
vivía en el cargo de nadie.*

LA PALABRA

Números 22:21-31 (NVI)

PARA PENSAR, SIN APURO

- ¿Qué tendría que detenerte a ti en medio del camino —algo tan inesperado como una burra que habla— para que reconozcas que llevas un rato sin ver bien lo que tienes delante?
- Si hoy eres tú quien ve el peligro y nadie con más autoridad te escucha, ¿qué harías con esa certeza, sabiendo que avisar no garantiza que te crean?



CAPÍTULO 5

La elección sigue abierta

Con el camino ya mostrado y la promesa ya conocida, ¿qué decisión —no la grande y única, sino la de hoy— todavía está esperando que la tomes?

Caño Indio es una vereda del municipio de Tibú, en el Catatumbo, Norte de Santander, Colombia, una de las regiones con más hectáreas de coca del país. Luis David Rincón era campesino de allí: presidente de la Junta de Acción Comunal de la vereda e integrante de la guardia campesina del Catatumbo. Como casi todos sus vecinos, vivía de la hoja de coca, que en esa zona no es un negocio glamoroso sino el único cultivo que paga el transporte, la escuela y la comida en un territorio sin carreteras, sin compradores y sin Estado.

En 2017 tuvo delante dos caminos conocidos. Uno era el que ya vivía: la coca, con su dinero contante y su violencia incluida. El otro era el que el país había ensayado muchas veces y casi nunca cumplido: la sustitución. Tras el acuerdo de paz, el Gobierno colombiano puso en marcha un programa nacional de sustitución de cultivos ilícitos, y Caño Indio fue el primer piloto del país. El trato era concreto: arrancar la coca a cambio de doce pagos mensuales de un millón de pesos, una huerta de seguridad alimentaria y, después, proyectos productivos para vivir de otra cosa.

El 17 de marzo de 2017, Rincón firmó el acuerdo junto a alrededor de doscientas familias de la vereda. En mayo de 2017 arrancó todos sus cultivos de coca. No los redujo, no los fue cambiando de a poco: los arrancó.

Llegaron los doce pagos y la huerta. Después no llegó nada más.

Los proyectos productivos no se implementaron. Vino el hambre, niños fuera de la escuela, desplazamiento. El propio Rincón tuvo que ir a raspar hoja de coca ajena para darle de comer a su familia —un trabajo que el programa que había firmado le prohibía expresamente—. En noviembre de 2022, cuando un medio colombiano fue a contar su historia, Tibú tenía alrededor de veintidós mil hectáreas de coca, la cifra más alta del país, y Rincón seguía dispuesto a intentar una sustitución gradual.

Y lo que vino después fue peor que el incumplimiento. El 16 de enero de 2025, un grupo armado lanzó una ofensiva en el Catatumbo. En doce días hubo más de cincuenta mil personas desplazadas y cerca de veintiocho mil confinadas; la Defensoría del Pueblo lo describió como el mayor desplazamiento masivo registrado en Colombia en veintisiete años. El 24 de enero el Gobierno declaró el estado de conmoción interior, y un año después la ONU seguía describiendo la del Catatumbo como una crisis abierta. No se sabe qué le pasó a Rincón desde noviembre de 2022: si siguió en Caño Indio, si fue desplazado, cuál fue su situación después. Lo único que se puede contar con certeza es lo que le pasó hasta ahí, y lo que le pasó, desde entonces, a la región donde vivía.

Mucho antes, hay un hombre viejo que no va a entrar a la tierra que describe, poniendo delante de un pueblo entero la misma elección otra vez.

“Hoy te doy a elegir entre la vida y la muerte, entre el bien y el mal. Hoy te ordeno que ames al SEÑOR tu Dios, que andes en sus caminos, y que cumplas sus mandamientos, preceptos y leyes. Así vivirás y te multiplicarás, y el SEÑOR tu Dios te bendecirá en la tierra de la que vas a tomar posesión. Pero, si tu corazón se rebela y no obedeces, sino que te desvías para adorar y servir a otros dioses, te advierto hoy que serás destruido sin remedio. No vivirás mucho tiempo en el territorio que vas a poseer luego de cruzar el Jordán. Hoy pongo al cielo y a la tierra por testigos contra ti, de que te he dado a elegir entre la vida y la muerte, entre la bendición y la maldición. Elige, pues, la vida, para que vivan tú y tus descendientes. Ama al SEÑOR tu Dios, obedécelo y sé fiel a él, porque de él depende tu vida, y por él vivirás mucho tiempo en el territorio que juró dar a tus antepasados Abraham, Isaac y Jacob.”
(Deuteronomio 30:15-20, NVI)

Son, cronológicamente, las últimas palabras públicas de Moisés antes de morir, en el mismo umbral donde, cuarenta años antes, la generación anterior se paralizó de miedo frente a los mismos muros del segundo capítulo de este libro. Es lenguaje de pacto: un acuerdo formal entre un pueblo entero y Dios, con testigos —«el cielo y la tierra»— llamados a presenciario. El «tú» de este capítulo, en hebreo, habla en singular, pero funciona como un pueblo reunido, no como una persona cargando su vida sola.

Hay que ser precisos con lo que este texto es y con lo que no es, porque es la línea más delicada de todo el libro. La «vida» y la «bendición» del pasaje son, en su sentido primero, permanencia en una tierra concreta, descendencia, prosperidad agrícola de un pueblo bajo un pacto específico e irrepetible. No es, y no se puede presentar como, una fórmula transferible a una decisión de hoy —comprar una casa, un trabajo, una mudanza— con la promesa de que la fidelidad de una persona produce, de forma garantizada, un resultado material determinado. Lo que sí es legítimo leer aquí, sin forzar el texto, es algo más existencial que material: que la vida humana implica una capacidad real de decidir, que un camino ya mostrado no elimina la necesidad de elegirlo hoy, otra vez, y que la fidelidad —cercanía, no transacción— sostiene el sentido de una vida más allá de sus resultados circunstanciales.

Luis David Rincón tuvo delante los dos caminos del pasaje, con toda su fuerza literal: la mata que da plata y trae guerra, o un papel firmado por un Estado que en esa región llevaba décadas sin cumplir. Eligió el papel y arrancó su cultivo entero en mayo de 2017. Y le fue mal: llegaron los doce pagos y la huerta, y después nada; tuvo que ir a raspar coca ajena para comer, y años después la guerra volvió y desplazó a más de cincuenta mil vecinos suyos. Este capítulo puede decir lo más incómodo y honesto del libro: elegir la vida no es lo mismo que recibir el premio, y sigue siendo, de todos modos, lo que hay que elegir. Escoger no fue un error suyo porque el resultado no llegara.

Nada de esto se puede leer como que hizo algo mal, ni que la promesa incumplida fue una prueba que tenía que superar, ni como un veredicto sobre si eligió bien. El pacto de Deuteronomio 30 es nacional, no es un diagnóstico retroactivo del dolor de una persona concreta. Lo único que este capítulo sostiene es lo que el propio texto sostiene: el camino ya estaba mostrado, y aun así hacía falta decirlo en voz alta, otra vez, ese día. Rincón lo dijo con su propia mata arrancada de raíz.

Moisés no le dio al pueblo un mapa nuevo: le recordó el que ya tenía. Y aun con el camino conocido, hizo falta decirlo en voz alta, otra vez, ese día: elige la vida.

LA PALABRA

Deuteronomio 30:15-20 (NVI)

PARA PENSAR, SIN APURO

- Con el camino ya mostrado y la promesa ya conocida, ¿qué decisión —no la grande y única, sino la de hoy— todavía está esperando que la tomes?
- ¿Puedes separar, aunque sea por hoy, la certeza de que elegiste bien de la certeza de que las cosas te van a salir bien?

Un paso: lo que sí puedes elegir hoy, sin que eso resuelva todo lo que da miedo

No te voy a pedir que decidas hoy lo grande que llevas postergando hace meses, ni que el miedo desaparezca antes de dar el paso, ni que elegir bien te garantice que el resultado va a ser el que esperas. Ya te lo dije desde la carta al lector: este no es ese libro.

Te voy a pedir algo más pequeño:

- 1 Elige hoy una decisión sin testigos —un pago, una palabra dicha a tiempo en vez de un rencor guardado— aunque nadie vaya a saber que la tomaste.
- 2 Si tienes delante un muro real y gente que duda contigo, nombra en voz alta qué dato sigue siendo cierto además del tamaño del obstáculo. No hace falta que el miedo se vaya primero.
- 3 Si llevas tiempo evitando mirar algo que duele, nómbralo hoy, aunque sea en voz baja, aunque siga doliendo mientras lo nombras. No tienes que resolverlo entero: solo mirarlo.
- 4 Si tú viste un peligro que alguien con más autoridad no quiso ver, no te calles solo porque no te creyeron la primera vez. Y si hoy eres tú quien no está viendo bien, pregúntate con honestidad qué interés propio podría estar de por medio.
- 5 Elige, hoy, aunque no sepas si va a salirte bien. No mañana, no cuando tengas más certeza: hoy, con el miedo todavía dentro.

Y si lo que cargas es más grande que un solo gesto de hoy —si el dolor que evitas mirar se ha vuelto demasiado pesado para cargarlo solo, o si la idea de no seguir se te vuelve insistente— no sigas leyendo antes de escribirnos en godlives.co/necesito-ayuda, o antes de acudir, si no puede esperar, a los servicios de emergencia de tu país. No lo cargues solo.

Palabra de cierre

Quiero terminar con algo parecido a una bendición, sabiendo que quien más la necesita suele ser quien menos se la dice a sí mismo.

Que sepas, como el pueblo en el Sinaí, que la fe casi nunca se juega en el gesto grande sino en la decisión de hoy que nadie va a fiscalizar. Que si tienes delante un muro real, puedes verlo exactamente como lo ven los que dudan contigo y aun así no dejar que el miedo tenga la última palabra sobre lo que ya sabías cierto. Que si hay algo que llevas evitando mirar, nombrarlo no te lo explica ni te garantiza que deje de doler, pero puede ser parte de cómo sigues de pie, y no tienes que hacerlo solo. Que si viste el peligro antes que quien manda, y no te creyeron, eso no borra que viste bien. Y que la elección de hoy —la pequeña, la que tienes delante ahora mismo— sigue siendo tuya, aunque el resultado no dependa por completo de ti.

No sé si esta semana la decisión que tienes delante va a salirte bien. Ninguna de las cinco historias de este libro cerró en limpio, y sería deshonesto prometerte algo que ellas no tuvieron. Pero puedo decirte esto, que es lo único que este libro sostiene de principio a fin: el camino ya te fue mostrado, y elegirlo, con miedo y todo, sigue siendo tuyo hoy.



José.

Oración

PARA REZARLA DESPACIO, EN VOZ ALTA SI PUEDES

Elige, aunque tengas miedo



*Eterno,
hoy tengo delante una decisión, y el miedo llegó antes que la
certeza.*

*No te pido que el miedo se vaya primero. Te pido sostener el
mismo dato que sostuvieron los que no dejaron que el miedo
tuviera la última palabra.*

*Si hay algo que llevo evitando mirar, dame a alguien con
quien nombrarlo en voz alta, aunque siga doliendo mientras lo
 nombro.*

*Si vi un peligro que otros con más autoridad no quisieron ver,
no dejes que el silencio de los demás me haga dudar de lo que
sí vi.*

*Y si elijo bien hoy y aun así me va mal, no dejes que confunda
el resultado con la elección: que sepa que escoger la vida
siguió siendo lo correcto, aunque el premio no llegara.*

***El camino ya está mostrado. Hoy, con miedo y todo,
elijo caminarlo.***

Antes de cerrar el libro

Caminamos por cinco historias sin final feliz: un hombre que durante veinte años apartó libros de la basura y que, según el último dato disponible, seguía sin trabajo ni espacio para ellos; un maestro que sostuvo que sus alumnos sí podían y que, doce años después de que el tiempo le diera la razón, fue trasladado casi doscientos kilómetros de su familia; un hombre que volvió, tras quince años de exilio, a caminar el lugar donde había estado preso, sin que eso le devolviera lo que le quitaron; una empleada de aeropuerto que avisó a tiempo y pagó ese aviso con cinco años fuera de su país; y un campesino que arrancó su cultivo confiando en un Estado que cumplió una parte y olvidó el resto, en una región a la que la guerra volvió después.

Ninguna es una fórmula. Cada una sostiene lo mismo: la decisión más importante casi nunca tiene testigos; se puede ver el mismo obstáculo que ven los que dudan y no dejar que el miedo reescriba lo que ya sabías cierto; mirar de frente lo que duele no lo cura, pero puede ser parte de cómo se sigue de pie; quien no tiene autoridad suele ver primero, y avisar no garantiza que te crean; y elegir bien no es lo mismo que ganar, aunque sigue siendo lo que hay que elegir.

Una pregunta para estos días, no necesariamente para hoy: si dejaras de esperar a que el miedo se fuera antes de decidir, ¿qué cambiaría en la decisión que tienes pendiente esta semana?

Llévatela contigo a tu próximo muro real, a tu próximo dolor que evitas mirar, a la próxima vez que alguien con más autoridad que tú no quiera escucharte.

*

**Con todo mi cariño, para ti que tienes el mapa y todavía te
cuesta dar el paso,
José.**

Bibliografía y fuentes

Nada de lo que leíste aquí es inventado. Cada palabra antigua y cada historia tiene su origen.

Los escritos

Todas las citas provienen de la **Nueva Versión Internacional (NVI)**, © Bíblica, Inc., leídas en su contexto histórico-literario antes de citarse.

- Levítico 19 (citado vv. 9-18) — la santidad hecha de trato cotidiano: cosecha, salario, rencor.
- Números 13-14 (citado 13:30; 14:1-9) — doce espías, diez que traducen lo visto en miedo y dos que sostienen la promesa.
- Números 21 (citado vv. 4-9) — la serpiente de bronce y el remedio que exige mirar de frente.
- Números 22 (citado vv. 21-31) — Balán, su burra, y los ojos que Dios abre al final.
- Deuteronomio 30 (citado vv. 15-20) — el último discurso de Moisés y la elección que vuelve a presentarse.

Las historias

- José Alberto Gutiérrez: Al Jazeera, “Bogota's bibliophile trash collector who rescues books” (4 de junio de 2017); The Christian Science Monitor, “Colombia's 'lord of the books' saves tomes from the trash” (25 de junio de 2018); The Irish Times, “'Lord of the books' creates a valuable library from rubbish” (2018); KienyKe, “El señor de los libros cuenta su propia historia” (23 de abril de 2021); Alcaldía Mayor de Bogotá, entrevista institucional (20 de agosto de 2021).
- Sergio Juárez Correa y Paloma Noyola: Wired, “A Radical Way of Unleashing a Generation of Geniuses”, Joshua Davis (octubre de 2013); Infobae (México), “Qué pasó con Paloma Noyola, la estudiante de la película Radical...” (21 de octubre de 2023); Milenio, “Maestro que inspiró la película Radical es desplazado de Matamoros” (14 de agosto de 2025).
- Pedro Alejandro Matta: Diana Taylor, “Trauma, memoria y performance: Un recorrido por Villa Grimaldi con Pedro Matta”, *e-misférica* 7.2, Hemispheric Institute of Performance and Politics (New York University); proyecto documental villagrimaldi.hemi.press; Corporación Parque por la Paz Villa Grimaldi, “Un relato desde la vivencia de un sobreviviente” (15 de octubre de 2014) y registro de autoridad (julio de 2020).

- Celia Castedo: Emol (Chile), “Accidente del Chapecoense: Funcionaria que cuestionó el plan de vuelo de LaMia busca protección en Brasil” (6 de diciembre de 2016); La Tercera (Chile); Opinión (Bolivia), “Aprehenden en Brasil a la boliviana Celia Castedo...” (23 de septiembre de 2021); El Deber (Bolivia), notas de marzo de 2022 sobre su liberación y su regreso; Correo del Sur (Bolivia), “Exfuncionaria acusada por el caso LaMia retorna a Bolivia...” (1 de abril de 2022).
- Luis David Rincón: El Espectador (Colombia+20), “Caño Indio, Catatumbo, primer fracaso del programa de sustitución de coca en Colombia”, Anderson Miguel Salinas (22 de noviembre de 2022); CODHES, sobre el desplazamiento forzado en el Catatumbo (24 de enero de 2025); Infobae (Colombia) y El Colombiano, balances de la crisis (enero-febrero de 2025); Noticias ONU, “Un año de drama en el Catatumbo” (enero de 2026).

Las cinco historias de este libro involucran a personas reales, contadas a partir de hechos documentados y verificados contra fuentes primarias y periodismo confiable antes de esta edición. Varias cifras se dejaron deliberadamente en su piso más bajo confirmado —«más de veinte mil libros», «más de cien bibliotecas», «más de diez compañeros», «más de cincuenta mil desplazados», «71 de las personas a bordo»— porque las fuentes disponibles no coincidían entre sí en el número exacto. Ninguna cita de las personas mencionadas aparece entre comillas como palabra textual suya: todo lo dicho por ellas llegó a este documento a través de resúmenes periodísticos y se parafraseó a propósito. Lo que le ocurrió a José Alberto Gutiérrez después de 2021, a Pedro Alejandro Matta después de 2020, y a Luis David Rincón después de noviembre de 2022 no se pudo confirmar, y este libro no lo inventa: cada uno de esos tres capítulos se escribió en pasado y cierra donde cierra la fuente, no donde a este libro le convendría que cerrara. Ninguna de las cinco historias termina en un cierre limpio ni presenta una fórmula replicable de éxito, justicia o recompensa. No es un descuido: es, precisamente, lo que este libro necesitaba mostrar sobre elegir con miedo, sin garantía de que el resultado acompañe la decisión.

FIN DEL LIBRO — ELIGE, AUNQUE TENGAS MIEDO

*“Un libro nuevo cada semana, para quien tiene
el mapa y todavía le cuesta dar el paso.”*

Si algo en este libro te movió, no lo guardes solo para ti: compártelo con quien hoy, a esta misma hora, tiene una decisión delante y el miedo llegó primero.

Este libro es un regalo, y es tuyo. Descárgalo, compártelo, regálalo a quien hoy lo necesite: es gratis, y siempre lo será.

Somos un grupo sin ánimo de lucro. Únete a nuestra comunidad y síguenos para recibir cada libro nuevo. Cualquier ayuda cuenta y nos importa: cada vez que compartes este libro, y cada donación —dinero, alimentos o ropa— nos ayuda a crecer y a llevar este mensaje a más personas.

godlives.co

Si lo que leíste aquí tocó algo profundo y sientes que necesitas contarlo, escríbenos a través de la web, en godlives.co/necesito-ayuda: hay personas reales dispuestas a escucharte, sin que tengas que explicar nada que no quieras.

Godlives · Escrito por José Martínez · godlives.co